

APUNTACIONES para el estudio de la antropología

(Continuación del capítulo II)

ARTICULO 2.º

Nociones de antropología prehistórica

1. Entiéndese por antropología prehistórica la ciencia que se ocupa en el estudio del hombre antes de todo documento histórico, valiéndose o usando de los descubrimientos e investigaciones de la paleontología y de la geología acerca de los vestigios que ha dejado el hombre en las diferentes capas estratificadas de la tierra.

Como nadie ha pretendido encontrar esos vestigios sino en las épocas terciaria y cuaternaria, naturalmente todo el estudio de la antropología prehistórica se limita a las capas que forman esas dos épocas geológicas. Y decimos las dos épocas, la terciaria y la cuaternaria, porque, aunque no participamos de la opinión de algunos acerca de la primera aparición del hombre en la época terciaria, debemos estudiar los hechos en que pretenden apoyarse los partidarios de tal teoría.

El asunto de que se ocupa la antropología prehistórica es de los más importantes y trascendentales porque encierra el importantísimo problema de la unidad de la especie humana, y sobre él se ha hecho hincapié para sostener algunas aventuradas y temerarias ideas de la escuela evolucionista, especialmente de la escuela evolucionista materialista.

El insigne Quatrefages relata en su obra *Hommes fossiles et hommes sauvages* el origen de las investigaciones verdaderamente científicas de la antropología prehistórica. En el año de 1847 «tres sabios dinamarque-

ses, un geólogo, un naturalista y un arqueólogo recibieron de la Sociedad de Anticuarios del Norte el encargo de estudiar los pantanos y los restos de cocina hallados en los paraderos de los antiguos habitantes de su patria. Jamás asociación científica fue más fecunda, porque Farchammer, Steenstrup y Worsaae hicieron por la historia del hombre lo que Buch, Elías Beaumont y Cuvier habían hecho para el globo y los animales: distinguieron la edad de hierro, la del bronce y la de la piedra.»

Claro está y así lo han entendido todos los que han estudiado estas materias sin prejuicio alguno, que las tres edades no son sincrónicas, ni se presentan con el rigor matemático de tres momentos sucesivos de la historia del hombre. Es decir, que esa clasificación o nomenclatura no significa que necesariamente haya habido primero una edad de piedra, después, como consecuencia de ella, una edad de bronce, y últimamente como consecuencia de las dos anteriores, una edad de hierro.

Entre las numerosas divisiones y subdivisiones de la primera edad o sea de la de piedra, nuestra atención debe fijarse en la siguiente: época eolítica (presentada por Mortillet y los que creen en el hombre terciario), la paleolítica y la neolítica. Estos tres nombres significan: edad de la piedra estallada, edad de la piedra tallada y edad de la piedra pulimentada.

2. Ante todo ocurre preguntar ¿cómo trabajaban la piedra los primeros hombres y cómo puede explicarse el estallido, la talla y la pulimentación de los objetos recogidos por los arqueólogos?

Monseñor Vigil en su bellísima obra *La Creación* hace la siguiente clara y concisa reseña sobre el asunto:

«Se admiten tres procedimientos prehistóricos para la talla de la piedra: el fuego, la percusión y la presión.

El tránsito violento del calor al frío quiebra o agrieta el sílice, sin que esos resultados hayan de atribuirse precisamente a la acción del fuego aplicado artificialmente. El fuego de un incendio producido por una exhalación o el tránsito del calor ardiente del sol al frío de la noche produce los mismos resultados, como lo prueban los testimonios irrecusables de observadores tan expertos como inteligentes y sabios.

Llábase percusión el golpe intencionado que produce la ruptura de la piedra. Si con un martillo apuntado se da un golpe fuerte y seco en una cara plana de un sílice o de otro medio homogéneo y amorfo, se produce por de pronto en el plano de percusión una escoriación o desgaste que recibe el nombre de hoyo o concha de percusión. De esta concha (concoide de algunos) parte la vibración de las moléculas del mineral producido por el golpe, vibración que se va ensanchando hasta cierta distancia, y si es suficientemente fuerte para vencer la cohesión molecular, rompe la piedra dando a la astilla golpeada la figura de un cono. Acontece muchas veces que un fragmento de sílice se halla fijo e inmóvil en determinado lugar, por ejemplo, en el fondo de un río y recibe por un solo lado las percusiones y golpes, de cantos rodados, rocas desprendidas, etc., etc. Prodúcese entonces por percusión natural esos conos regulares, difíciles de distinguir de los que son el resultado de una causa inteligente, a no ser que se observe que han sido retocados. La pequeña escoriación que a las veces se observa a los lados de la concha de percusión y otros ligeros detalles presentados por Mortillet como pruebas de una acción intencionada, no resultan confirmados por las observaciones que aduce Arcelin (*Arcelin. L'homme tertiaire*).

Por medio de la presión ejercida sobre el sílice o la obsidiana con una piedra, un palo, un hueso, se se-

paran de aquellos minerales delgadas láminas que sirven para lanzas y flechas; mas como las aguas de los ríos y de los mares y hasta los acerbos de cantos rodados ejercen análoga presión sobre los minerales, importa mucho que los antropólogos estén alerta y no confundan las obras de la naturaleza con las de la industria humana.»

La talla y la pulimentación prehistóricas de la piedra no difieren en gran cosa de los procedimientos empíricos que aún vemos usar a muchos de nuestros artesanos; pero quien desee más datos sobre esas primitivas industrias puede acudir a la obra de Salomón Rinach, titulada *Apolo*, que es muy conocida de nuestro público letrado. Con todos estos conocimientos estamos ya en capacidad para resolver el problema que a nosotros nos interesa: ¿la antropología prehistórica demuestra la existencia del hombre en la época terciaria o más la impugna? problema que tiene una estrecha relación con la del origen del hombre y la unidad de la especie humana.

ARTICULO 3.º

1. ¿Provino el hombre de un acto especial de creación o de una transformación progresiva de las especies inferiores?

Esta cuestión, como se ve, no es sino una derivación, una consecuencia de la gran cuestión del origen de las especies que hasta aquí hemos examinado; pero es tanta la importancia del problema por lo que se refiere al hombre, que tendremos que dedicarle un estudio especial y muy detenido.

Expondremos, en primer término, las ideas transformistas sobre este asunto.

«Atravesamos un período anárquico en el que vemos desvanecerse las teorías antiguas y surgir las que

servirán para edificar la ciencia de mañana... El descubrimiento de las leyes de la evolución ha hecho que desaparezcan de las ciencias naturales, divisiones que parecían antes abismos infranqueables, y desde el protoplasma de los seres primitivos hasta el hombre la cadena se mantiene casi sin interrupción.»

Las anteriores palabras que son de Gustavo Le Bon y que se leen en la obra titulada *La evolución de la materia*, dice *grosso modo* lo que los evolucionistas sostienen sobre el origen del hombre. Sin embargo, pensadores y experimentadores más serenos e imparciales, aun partidarios de la teoría de la evolución, han visto claramente que para resolver ése y otros importantes problemas acerca de la naturaleza de la vida, precisa auxiliar la observación biológica con los datos y leyes de otras ciencias y no tienen, por lo menos en los momentos más lúcidos, la arrogancia y el apriorismo del escritor a quien acabamos de citar. Por eso es que Félix La Dantec (*La crise du transformisme*, primera lección, páginas 30-39), se ha visto en la necesidad de llamar la atención sobre el propio objeto de la biología, en los siguientes términos: «El objeto actual de la biología general es el de preparar el lenguaje científico de las ciencias naturales... He dicho biología general y no simplemente biología, porque esta palabra ha adquirido hoy día un sentido diferente del que tenía en el pensamiento de Lamarck. En la actualidad biólogo es sinónimo de naturalista; se es biólogo por haber descrito la morfología de una especie de crustáceos lo mismo que por haber estudiado la acción de una diástasa desconocida o las costumbres de una hormiga ... Luego es necesario abandonar la palabra biología y decir biología general para caracterizar una obra de síntesis, como por ejemplo el libro en el cual Claudio Bernard

ha estudiado los fenómenos de la vida comunes a los animales y a los vegetales.»

Y Huxley dice: «la ciencia no tiene medios para formar opinión sobre los principios de la vida; no puede hacer sino simples conjeturas sin carácter científico» (*La Paleontología*), y Virchow en pleno Congreso de naturalistas se expresó así: «En mi sentir sobre el segundo punto de unión del reino orgánico al inorgánico, debemos reconocer que en realidad nada sabemos. No podemos presentar una hipótesis bajo la forma de certidumbre, ni un problema bajo la forma de teoría establecida.»

Antes que todas estas autoridades hablaran en ese sentido, ya había dicho el insigne Quatrefages: «La primera cuestión que se presenta a nuestro espíritu es evidentemente la de origen. ¿Es posible explicar la aparición sobre nuestro globo del sér (el hombre) que por sí sólo constituye un reino, sin salir del dominio exclusivamente científico, es decir, ateniéndonos a lo que enseña la experiencia y la observación? No vacilo en responder que no» (*L'Espece humaine*, pag. 65, ed. 1879).

Conste, pues, que el problema no tiene la simplicidad que le atribuyen los literatos de la antropología.

2. Por lo que respecta al origen del hombre, la escuela evolucionista se ha dividido en dos tendencias: la una que sostiene la directa descendencia simiana y la otra que sostiene que entre el mono y el hombre existe una afinidad indirecta y lejana, pues tanto uno como otro radican su origen en un tronco común que debió existir en el terreno terciario o proterciario, de donde derivan el mono y el hombre actuales. Esta tendencia sostenida por Klaatsch, Stratz, Peters y otros más se denomina *neo-monogeísta*.

Ningún autor como Ernesto Haeckel nos puede dar una idea más clara de la teoría transformista acerca del origen del hombre, y tan cierto es esto que el mismo Darwin acogió con entusiasmo la síntesis o recapitulación del profesor de Jena (Darwin. *La Descendencia*, página 172).

Según Haeckel la historia del hombre comprende veintidós transformaciones sucesivas, comprendidas en los siguientes grupos: antepasados protistas y axesuales; antepasados vermiformes, hermafroditas; antepasados vertebrados inferiores unisexuales y antepasados vertebrados superiores.

Esta genealogía, como ya lo hicimos notar, es fantástica y proviene de una falsa deducción de las observaciones embriológicas y de la aplicación de una ley completamente arbitraria que Haeckel denominó *ley biogenética fundamental*, y que, como ya vimos, ni es ley ni es fundamental. Nos referimos a la ley ontogenética.

La genealogía del hombre, a partir del último grupo haeckeliano, se ha ideado de la siguiente manera: en el principio de la época terciaria, durante la décima octava transformación de las 22 que supone Haeckel, aparecieron los *prosimios*, cuadrumanos pequeñísimos.

Los prosimios evolucionaron y dieron por resultado los monos catarrinos del antiguo continente y los plattirinos del nuevo mundo.

Los catarrinos se transformaron después en orangután y gibbon en el Asia y en gorila y chimpancé en Africa y en algunos otros antropoides del centro del Asia que nos son desconocidos, pero que debían tener algún parentesco con los primeros.

De estos animales que nos son desconocidos y nadie ha visto en ninguna parte, nació un sér intermedio entre el mono y el hombre que se denomina el pitecántropo,

lazo de unión entre la simia y el hombre más inferior, el de Neanderthal. Inmediatamente anterior al pitecántropo está el dryopiteco, mono gigante, abuelo del hombre; aunque sobre este protogenitor del hombre ya han resuelto callarse los transformistas, después de todo el ruido que metieron con los restos del mono a que aludimos. En efecto: según Darwin (*Descendencia*, pág. 176) el driopiteco se separó de los monos inferiores en el período mioceno superior: luego el hombre debió hacer su aparición en el período neoceno. Pero hé aquí que contra tan brillante conclusión el terminante estudio de Gaudray vino a demostrar que la célebre mandíbula del driopiteco no acusaba un progreso en la evolución de los simios, sino más bien un retroceso. Era más propia de los monos inferiores que del chimpancé y el gorila sobre los cuales se quería colocar el driopiteco.

Se fundan los partidarios de la directa descendencia simia del hombre en las semejanzas morfológicas, en la ya citada ley biogemética de Haeckel, en la existencia de los órganos rudimentarios, en la afinidad de la sangre humana con la de la simia y en la supuesta inteligencia del mono.

No negamos que algunos simios, en especial los monos antropomorfos, presentan una morfología semejante a la del hombre. Pero es claro que una semejanza de estructura no indica una homogeneidad de especies. Para los transformistas más cerrados ese argumento de la semejanza morfológica no presta ya mérito ni valor alguno, en primer lugar porque dichas semejanzas son muy frecuentemente meras apariencias, y en segundo lugar porque en el campo biológico habría que buscar una nueva hipótesis que explicara las innegables e importantes diferencias entre las especies comparadas, y ya hemos visto cuán insuficientes son las hipótesis que Darwin presentó para solucionar la objeción.



Hálos desilusionado de su argumento morfológico el error a que fueron conducidos los que clasificaban las especies vivas por sus meros caracteres morfológicos o anatómicos. De ahí el error de clasificar hasta hace poco a los cetáceos como una rama colateral aberrante del gran tronco de los maníferos, siendo así que las nuevas y más profundas investigaciones han hecho ver que deben ser considerados como descendientes directos de los ictiosauros y plesiosauros y, que por tanto, su semejanza con los mamíferos no podía tomarse como hecho que demostrase que unos y otros procedían de un origen común. En el lenguaje transformista esto último se expresa diciendo que hay divergencia de dos formas lejanas hacia un fin común (1). Este hecho que fue muy comentado por el profesor Steimann en el Congreso internacional de Zoología de Boston, en 1907, hizo que no siguiera exagerándose el carácter morfológico en la clasificación natural.

Y si nos valemos de la morfología para clasificar al hombre en una especie distinta de la del mono, seguramente que esa morfología nos suministrará preciosos datos y hechos en favor de nuestra clasificación, contra los cuales en todo tiempo se ha roto la crítica transformista. Anotaremos algunos de esos datos.

Los monos presentan siempre una mayor longitud en sus extremidades anteriores que en las posteriores, lo contrario de lo que pasa en el hombre. Hecho éste que, como observó Quatrefages, demuestra que la configuración del hombre fue hecha para andar y la del mono para trepar. El volumen inferiorísimo del cráneo del mono con respecto al volumen del cráneo del hombre, aun al de la raza más degradada, hecho que no ha podido ser negado por los mismos transformistas y que

(1) V. *España y América*, mayo 15 de 1912.

acusa una inferioridad cerebral del mono con respecto al hombre. El gran agujero occipital está en tal situación en el hombre que tiende a mantenerlo en posición vertical; en tanto que en el mono está en la situación que exige su posición casi horizontal o de reposo sobre las cuatro extremidades. La estructura interna de los huesos que hizo decir al mismo Huxley: «las diferencias que existen entre el hombre y el mono antropomorfo son considerables: cada hueso en particular del gorila tiene señales tan peculiares que le distinguen fácilmente de los del cuerpo humano» y en efecto la distinta dirección de las fibras manifiesta casi inmediatamente cuándo se trata de un mono y cuándo de un hombre.

Como ya hemos hablado de la llamada ley biogénica fundamental de Haeckel no insistiremos sobre el argumento que, basados en ella, hacen los partidarios de la teoría de la directa descendencia simiana del hombre y pasamos a otro de los hechos por ellos alegados: la existencia de órganos rudimentarios. De la existencia de estos órganos sería atrevido sacar otra conclusión que la siguiente: que aún existen en el organismo humano, órganos cuya finalidad no ha descubierto la ciencia; aventurar otra conclusión sería entrar en vanas hipótesis como lo demuestra el progreso de la ciencia biológica, que, en órganos hasta hoy considerados como rudimentarios, ha logrado descubrir importantísimas funciones: el cuerpo tiroideo, el apéndice, la glándula pineal.

De la afinidad del suero de la sangre humana con la de los monos, no se debe deducir otra cosa que entre los sueros existe una afinidad química-fisiológica que también existe con la de otros muchos animales inferiores, sin que por esto se pueda decir que el hombre viene directamente de esos cuasi primitivos seres vivos.

Al argumento basado en la supuesta inteligencia del mono, no se le puede dar seriedad en una discusión científica.

Continuará.

JOSE TOMAS ESCALLON